

Visita ilustre

Metido entre unos días desapacibles, aquél lucía espléndido a modo de saludo a nuestros visitantes de honor.

Quedaron las prendas de abrigo en los coches y entróse en «la casa grande».

Habiase terminado la primera etapa de restauración de la Iglesia Parroquial.

Ya señorea el blanco respetuoso de arquitectura añeja y nos realza las imponentes líneas, que estructuran el nervio de aquélla, el gris que es servidor del conjunto.

La visita que nos ocupa lo era de crítica y con el fin de aportar opiniones de valía indiscutible a la ejecutoria del arquitecto llansanense don Javier Subías.

Había que ver y charlar.

Empezó la tertulia y se avivó la cosa sin demora.

Se opuso el señor Subías a ideas que no admitía y el interés de aquella lucha no llevó trazas de disminuir tomando posiciones fuertes los bandos de aquella efemérides otcñal.

Hubo sus tiquismiquis entre la arquitectura y la pintura.

Se pusieron al descubierto facetas personales de excepción y la contienda se mantuvo interesante y simpática adornándose con chispas de buen humor.

Es cierto que de la aportación de los señores Juan Subías, el Profesor de Arte al que tanto le debe el Ampurdán; Luis M.^a Güell, Director de la Escuela Massana y pintor destacado; Juan Cortés, crítico de «La Vanguardia» y de «Destino»; Miguel y Juan Gaspar, nuestros delicados protectores; Vila Casas, con su barba, su abstracción y su extraordinaria «politesse», y de nuestro párroco, se nutrió con esplendor el bloc de notas de Javier Subías y éste, que presentó a la consideración interesantes fotografías de varias iglesias de estilo actual, ofreció a la vez, durante la disputa dialéctica, el aspecto de un reducto firmísimo.

Obediente a la prudencia, opino que precisamente al bloc referido pertenecen los datos que pudieran tomarse de aquella reunión y tan sólo me permito mencionar algún detalle suelto que pudo quedar al margen.



Perspectiva de la Iglesia Parroquial, ya pintada.

Foto Pomareda.

Hubo quien, con admirable sencillez, hizo distinguir la belleza donde pasaba inadvertida y, por otra parte, se dijo que no le queda bien a la plaza la renovación que últimamente se hizo de la pared lateral.

No faltó en el grupo el hombre «duro», quizás concediendo a la moda.

Le recogí una frase: «¿Las ideas qué? ¡El hombre merece respeto!».

Se habló de la torre románica.

Se habló de árboles. Más de árboles que de bosques.

Del respeto a las cosas del pretérito.

De nuevas construcciones que lucen y de otra que no tanto.

Se habló de la belleza del mosaico de colores de los botes amontonados en la playa.

Y...

La diafanidad vespertina tocó a despedida.

La cita había sido provechosa y fué efúsiva nuestra salutación.

¡Hasta luego!

m. f. c.